

## IV

SANTA TERESA DE JESUS Y LOS PREDICADORES  
DEL SIGLO DE ORO

Poco más de un año después de la Beatificación de Santa Teresa, el 1615, presentó el General de los Carmelitas Descalzos al Papa Paulo V un grueso volumen, en que había hecho imprimir los sermones que en las fiestas de la Beatificación de su Santa Madre se habían predicado en España.

“Ofrezco a Vuestra Santidad —le decía en la dedicatoria— estos sermones como primicias del universal aplauso con que toda España ha recibido la que Vuestra Santidad le hizo con beatificarle esta Santa, y como diezmo de los frutos de los más felices y floridos ingenios de toda ella...

“Uno de los principales fines y motivos —añadía— que me han dado ánimo para esto es el mismo que tuve cuando me concedió el Cielo presentase ante esos sagrados pies las informaciones y testimonios de personas gravísimas en abono de la santa y loable vida de nuestra madre y fundadora Teresa, para el fin de canonizarla... Los que ahora a Vuestra Santidad presento es una nueva información de testigos *omni exceptione majores*, de los más calificados en santidad, erudición y sabiduría de estos Reinos. Y puedo afirmar que no solamente estos fidelísimos testigos han sido pregoneros de las heroicas virtudes, loable vida y soberanos milagros desta beata virgen española, sino que podemos sin escrúpulo decir della lo que San Ambrosio de Santa Inés: “*Quot homines, tot precones*”; pues no hay en todos estos Reinos edad, sexo ni calidad de personas, que no la conozca, que no la venera, que no la invoque. El lenguaje común que corre, Santísimo Padre, y más entre todos los religiosos de las demás religiones, es que la virgen Teresa es *pedra imán de corazones*.”

Harto será —dirá alguno— que todos o la mayor parte de esos sermones no sean gerundianos.

Si son o no son gerundianos, ellos lo dirán. Entre tanto, lector amigo, sólo esto quiero que consideres: que pues un varón

tan docto y tan prudente tuvo osadía de dirigir al Papa estos sermones, algún misterio tienen escondido que los levanta.

Lo que yo no me explico, ni creo que nadie se explicará fácilmente, es que, habiéndose escrito estos años tantos libros y predicado tantos sermones de Santa Teresa, siga siendo este libro tan raro como antes, y no se le haya ocurrido a ningún predicador hojearle siquiera para ver lo que dijeron de la Santa los predicadores de su tiempo, algunos de los cuales la habían conocido y tratado muy familiarmente, y todos oían hablar de ella a cada paso como de persona conocida.

“Es persona la Santa Madre —decía fray Gregorio de Pedrosa— de cuyas grandezas los doctos y los no doctos, los hombres y las mujeres, las religiosas en sus clausuras y las señoras en sus estrados, el vulgo en sus corrillos, todos hablan y todos hablan verdades (que no es la menor grandeza). Uno tiene la carta que le dió salud; otro la prenda que sanó a su hija; el cochero que la llevaba a Avila la vió hacer el milagro; el que la hospedó, se espantó de su humildad. Viven y hay aquí oyéndome muchos testigos de sus grandezas.”

No era empresa fácil hacer el panegirico de Santa Teresa. Porque, una de dos: o se contentaban los predicadores con repetir lo que la Santa había escrito y sabía de memoria todo el mundo, o se lanzaban a vadear aquel mar inmenso de gracia y de hermosura, más resplandeciente que un mar de soles, y, por lo mismo, más obscuro, más tenebroso que el que Colón había surcado buscando nuevos mundos. Decir lo que todos sabían era como no decir nada. Había, pues, que intentar lo segundo: navegar hasta donde cada uno pudiese por aquel mar sin orillas y descubrir los tesoros que Dios había depositado en el alma de su sierva. No se les ocultó a aquellos santos varones la dificultad de la empresa que acometían.

“Dificultosísima es —decía el dominico fray Juan González— la que hoy está a mi cuenta, de haber de tratar de este ángel, no por naturaleza, sino por gracia; deste querubín, lleno de celestial y divina sabiduría, y deste serafín, abrasado todo en el fuego del divino amor.”

“Hoy es el día —exclamaba el franciscano Agustín de Hinojosa— en el que los más felices y lucidos ingenios de toda la cris-

tiandad sudan y aun trasudan, viéndose obligados a una empresa tan grandiosa; y reconociendo los más aventajados falta de caudal, subrepujante sujeto, copiosa materia, relevantes méritos, sin duda se encogen, como yo lo hago, y confieso que *inopem me copia fecit*, y que temo entrar a vadear mar tan profundo, así por la grandeza del sujeto, como por la pequeñez del mío.”

“Suban aquí —decía el maestro fray Marco Antonio Miraval, ministro del Convento de la Santísima Trinidad de Zaragoza—, suban aquí todos los predicadores del mundo; inventen trazas, busquen medios y modos retóricos para alabar a la Santa Madre Teresa; alarguen ellos sus sermones, compongan versos los poetas, pinten jeroglíficos y conviértase todo el mundo en lenguas; que, aunque nunca callen, no llegarán jamás a saber decir ni dar el punto que se debe a sus virtudes y gracias.”

No eran éstos vanos encarecimientos retóricos, sino expresión sincera de lo que todos sentían. La idea que todos ellos se habían formado de Santa Teresa no podía ser más exacta, y siéndolo, no podía ser más grande. Treinta años habían bastado para que el pueblo español reconociera en aquella monja andariega la *Santa de la raza*, y afirmara *que no ha habido santo ninguno tan parecido a la Virgen como ella*. ¿Qué extraño es que los predicadores agotasen todos los recursos de su elocuencia y todos les pareciesen pocos para alabar a aquella extraordinaria mujer, a quien —como decía uno de ellos— “había comunicado Dios lo mejor, la nata y la gloria de toda la Iglesia”?

“Parece —añadía el mismo— que de todo lo bueno y lo mejor de la tierra y Cielo hizo Dios un ramillete bello, suave y del todo grato, y éste es nuestra Santa Madre Teresa de Jesús. Por lo cual fué esta ínclita virgen la gloria del Universo, honra de todas las mujeres, lustre de la naturaleza humana, perla riquísima de todas las criaturas, lámpara de la tierra, blandón del mundo, lucero hermosísimo, estrella bellísima de la octava esfera, luna clarísima y plenísima, sol refulgentísimo en entrambas iglesias militante y triunfante y así, verdaderamente, *gloria Libani data est ei, decor Carmeli et Saron* (1).”

---

(1) Sermón predicado por el padre maestro fray Bernardino Navarro, prior de San Agustín, de Zaragoza, en los Carmelitas Descalzos de la misma ciudad.

Algo se mezclaba el amor propio de los predicadores en estos elogios, pues, como observaba el devoto dominico Jaime Rebullosa, “apenas era posible subiese en púlpito en la fiesta de la Beatificación de la Santa Madre quien no interesase en la gloria de sus loores”. Traían entre sí las religiones cierta noble contienda sobre cuál de ellas había ayudado más a la Santa. Sin ocultar los títulos que tenían, las demás, antes reconociéndolos y estimándolos en lo que realmente valían, esforzaba cada uno los suyos propios para demostrar que Santa Teresa era de un modo especial suya. Los predicadores, casi todos religiosos, subían al púlpito deseosos de dirimir esta contienda, cada uno en favor de su religión.

Lo que el pueblo sacaba de todo esto es que Santa Teresa era tan amable que todos la querían para sí, y al mismo tiempo era tan grande que llenaba todas las religiones y toda la Iglesia, y aún sobraba para llenar de admiración y entusiasmo todo el mundo; pues, como decía admirablemente el franciscano Diego Murillo, “entre las innumerables gracias que tuvo Santa Teresa, una dellas fué que, siendo aceptísima a Dios, fué también sumamente agradable a los hombres. Era la piedra imán del mundo, que se lo llevaba todo tras sí con una violencia amorosa. Jamás la trató persona, de cualquier género o calidad que fuese, que no se perdiese por ella... ¿Quién hay que se acuerde de ella que no dé mil bendiciones a Dios? Pues los que esto hacemos ahora no vimos su hermosura, no oímos su discreción, no gozamos de su buena gracia, de su donaire y trato; y con todo eso vemos que se lleva los corazones de todos. ¿Quién hay aquí que no haya visto celebrar las canonizaciones y beatificaciones de otros muchos santos, que se han celebrado en nuestros tiempos? Pienso que todos nos acordamos y habemos asistido en sus fiestas; pero todos podemos decir, con verdad, que ninguna ha llevado tan poderosamente ni con tanto aplauso los ánimos de todos, ni ha causado tan universal alegría, como la de la Santa Madre Teresa. Todos dan particulares muestras de regocijo: los doctos, los ignorantes, la gente principal, la plebeya, los eclesiásticos y seculares, de tal manera, que podríamos decir, con verdad, lo que dijo San León Papa hablando del nacimiento de Cristo: “*Nemo*

*ab hujus alacritatis participatione secernitur; una cunctis lætitiæ communis est ratio (1)."*

El día 5 de octubre de 1614 comenzaron las fiestas de la Beatificación en el convento de los padres Carmelitas Descalzos de Madrid. Felipe III se hallaba a la sazón en El Escorial y se disponía a salir para Lerma; pero, de pronto, mudó de parecer y, dejando para más tarde aquella jornada, se dirigió a Madrid, adonde llegó el sábado, víspera de la fiesta, a tres horas de la noche. Al entrar al día siguiente en la iglesia dijo *que lo traía el Cielo a asistir a aquel acto.*

Celebró la Misa de pontifical el ilustrísimo y reverendísimo señor don Antonio Caetano, arzobispo de Capua, nuncio y colector general apostólico en los reinos de España; y predicó el padre maestro fray Jerónimo de Tiedra, de la Orden de Santo Domingo, predicador de Su Majestad y calificador de la santa y general Inquisición.

“Singular providencia de Dios —dijo— que el primero día en que se celebran los merecimientos y premio, las batallas y victorias de la bienaventurada Virgen Santa Teresa de Jesús, Madre del Carmen Descalzo, sea hoy, día en que también se celebra aquella victoria naval que, por intercesión de la Virgen nuestra Señora, alcanzó el ejército fiel...”

“Este año de 614, a los 24 de abril, alumbró Dios el entendimiento y movió la voluntad del Vicario de Cristo para que declarase a la Iglesia católica las ventajas en merecimientos y gloriosos premios de que goza ya en el Cielo la bienaventurada Virgen Santa Teresa de Jesús.”

“Esta beatificación —dijo dirigiéndose al Rey— ha sido para gran reputación del católico y santo pecho de Vuestra Majestad, que con tan cristiano celo de la honra de Dios y de su Santa, ha interpuesto con el Papa su autoridad para que la declarase por tal a todos los fieles. Ha sido también para mayor estimación de tan buenos hijos e hijas como la Santa tiene hoy en el mundo, que haya salido esta carta de hidalguía divina de tal Madre...”

---

(1) Sermón del padre fray Diego Murillo, predicador general del Orden de San Francisco y padre de la provincia de Aragón, en los Carmelitas Descalzos de la ciudad de Zaragoza.

”Para consuelo de todos los fieles se publican hoy los heroicos hechos desta mujer valiente, título tan merecido de nuestra Santa Virgen, como lo prueban las grandes dificultades que venció contra todo el infierno, mundo y carne, y en cierta manera, contra el Cielo, sin serle jamás contraria... Que si Salomón deseó hallar una mujer fuerte, de gran valor y peregrina virtud en aquel siglo, y quizá no la encontró, dichosísimo es el nuestro, que ha gozado de una de las más valerosas y varoniles mujeres que la Iglesia ha tenido.”

Habló de la alegría que esta Beatificación había causado en todas las religiones y de los títulos que tenían algunas de ellas para llamar suya a la Santa, y luego añadió:

“Una cosa me tiene hoy acobardado, que es el conocimiento de mi poco caudal para cumplir con lo que estos Padres han fiado de mí en este día de las alabanzas de tan gran Santa. Pero también me anima y da gran confianza de tener su favor para tan justa empresa, haberla yo comunicado y predicado y aun llevádola alguna limosna en nombre de mi convento de Avila; haber, en retorno, recibido doctrina y santos consejos de nuestra Santa Virgen. Con esto, bien pueden fiarla estos Padres de mi fe, que yo fío de la gloriosa Virgen está segura de mi fidelidad.”

Terminado el exordio, que, como se ve, no podía ser más sencillo, dividió la materia del sermón en las tres consideraciones siguientes: 1.<sup>a</sup> Cuánto estima Dios la virginidad, especialmente si es de alma y cuerpo, joya que siempre conservó la Santa Virgen Teresa de Jesús. 2.<sup>a</sup> Que la prudencia da la sazón y buen punto a las buenas obras; y en esta virtud fué esta Santa aventajadísima. 3.<sup>a</sup> Que lo mejor de la vida cristiana es el amor de Dios, en el cual nuestra Santa se aventajó en vida, y éste fué la causa de su muerte dichosa.

La mayor prueba del amor que Dios tiene a la virginidad es “que para obrar las mayores maravillas que ha hecho en todo el universo, escogió una doncella más limpia que las estrellas”. Para llevar a cabo una obra tan grande como la Reforma del Carmen Descalzo, “escogió por instrumento a esta Santa Virgen, pura de alma y cuerpo, tan pura y limpia, que tentación ni mal pensamiento en esta materia nunca tuvo, de manera que si

la consultaban sobre esto respondía que no entendía tal lenguaje, y remitía a sus monjas que sobre eso consultasen a otras personas. Así respondió a una santa priora Descalza: *“Madre, yo lo confieso que no sé deso nada, porque, gloria al Señor, nunca he tenido que confesar deso materia.”*

“¿Hay maravilla como ésta? —exclama el orador—. ¿Qué sintiera San Jerónimo si esto oyera? ¿Qué gritos diera al Cielo! Señor, yo con solamente la piel sobre los huesos; no comiendo, ni bebiendo, ni durmiendo; en una soledad adonde no veo sino tigres, leones y serpientes; abriéndome el pecho con un guijarro; arrojado a los pies de un Cristo crucificado, deshaciéndome en lágrimas, y, por otra parte, bulléndome la imaginación de todas las torpezas de las mujeres de Roma, hecho un horno de cal del infierno, contra todo mi deseo. ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Impórtaos más una Teresa de Jesús, mujer idiota, que un Jerónimo, oráculo de vuestra Iglesia?

“Son repartimientos de dones del Cielo, que los da Dios como quiere y a quien quiere...”

“A Santa Teresa la dió Cristo Nuestro Señor este dón con tanta perfección, que ponía modestia y mortificación en quien la miraba. Esto es un parecerse a la Virgen Santísima, Madre de Dios, de quien dice Santo Tomás que fué tal su honestidad y la mesura de su semblante, que no hubo jamás antojos livianos ni ojos traviosos que en su presencia lo fuesen. Así, en su tanto, nuestra Santa Madre componía y hacía modestos los ojos y pensamiento de quien la miraba.”

“La prudencia —dice en la segunda consideración— es los ojos en el cuerpo de las virtudes, es el piloto en el navío de la navegación cristiana, es el maestro de obras que dispone y da el orden de cuanto han de hacer las otras virtudes en el edificio cristiano; es el capitán, y las demás virtudes morales son sus soldados, que desde capitán se favorecen, y él los gobierna.”

Hizo una vez San Antonio Abad una junta de aquellos benditos padres que poblaban los desiertos, para tratar de las virtudes cristianas. “Cada cual defendía la virtud cuyo galán era.” Al fin “remitieron todos sus pareceres al del Santo Abad Antonio, y el suyo fué en favor de la virtud de la prudencia, con este símil. Todas las virtudes morales componen una celestial danza, y la

prudencia las guía; y así se le debe el mejor lugar, como a más perfecta”...

“En esta virtud —continúa el orador— fué nuestra Santa aventajada. Verla era ver un milagro de prudencia. Tanto fué esto, que la santa princesa doña Juana, tía de Vuestra Majestad, la dijo una vez: *“No sé cómo os podéis valer con tantos monesterios como fundáis, porque yo apenas puedo con uno.”* Dijo sabiamente la santa Princesa, porque no bastara para tanta obra la prudencia humana, si nuestra Santa no tuviera otra mayor, que es la divina.”

Cuenta luego algunos casos en que se vió la singular prudencia de la Santa, y entre ellos este graciosísimo. Al volver el año 1572 de las fundaciones de Salamanca y de Alba de Tormes fué nombrada la Santa Madre Priora de la Encarnación. No fué recibida con gusto de todas, aunque bien de algunas. Sucedió una gran prueba de su prudencia: que estando en la primera pieza del convento dándola el bienvenido ciertas religiosas ancianas, entró una religiosa gritando: *“¡Madre Priora, levántese y acuda a remediar un daño desesperado; que doña Fulana se va a echar en el pozo por no sufrir el gobierno de vuestra merced!”* No mudó semblante la Santa (aunque las que estaban presentes se turbaron de muerte), y con gran sosiego respondió: *“Vaya ella, madre, y déla del pie para que caya más presto.”* Quedaron todas admiradas y con mucho respeto a su Prelada. No se echó la monja en el pozo y las que gritaban se sosegaron.”

“Entre otros avisos de su prudencia, daba éste a sus monjas: que no recibiesen a su religión personas de mal entendimiento. Y daba para esto razones bonísimas. La una, que yo se la oí: *“Porque no sé —decía— a persona de corto entendimiento por dónde la ha de entrar la humildad; que las tales no conocen sus faltas, y aunque se las avisen, no juzgan que lo son.”* La otra, porque una monja sierva de Dios, si no tiene entendimiento, no es más que para sí; y si lo tiene, es buena para todos los oficios del convento.”

Con esta prudencia de serpiente juntaba una simplicidad de paloma, suma verdad y llaneza en el trato, un proceder sin cautelas ni reveses, que le ganaba gran reputación con los hombres y los dejaba convencidos de que trataba verdad.



Siendo provincial el maestro fray Juan de Salinas, le escribió al padre Domingo Báñez diciéndole que convenía ir despacio en lo de aprobar los arrobos y cosas singulares que se decían de la Madre Teresa de Jesús; que en tales materias tenía por mejor la cosecha tardía que la temprana. A esto respondió el maestro Báñez: *“El consejo de V. P. es como de padre, a quien suplico me vuelva a escribir su parecer después que haya comunicado a tan santa mujer como es la Madre Teresa de Jesús, pues la tiene ahí en Toledo.”* Fué Dios servido que el dicho provincial la habló... y quedó tan maravillado del caudal tan grande que conoció en la Santa, que escribiendo al maestro Báñez segunda vez, le dijo: *“Yo me he consolado mucho de haber experimentado las ventajas que había oído desta sierva de Dios. Habíadesme escrito que era santa mujer; pero yo he hallado que es varón y muy valiente.”*

En la tercera consideración, después de ponderar algunos hechos maravillosos, como la transverberación y el desposorio, cuando un día, al tiempo de comulgar le dijo Cristo a la Santa: *“Yo me otorgo por tu Esposo y te recibo por mi esposa”*, cierra todo lo dicho el predicador con estas palabras: *“Para mí la mayor muestra de su aventajado amor de Dios fué la obra tan heroica que hizo fundando esta santa Religión de Descalzos y Descalzas, tan penitente, con ejercicios de tanta oración, penitencia, mortificación y pobreza.”*

Parecido a éste, aunque todavía más tierno y devoto, es el sermón que predicó don Sancho Dávila, obispo de Jaén, en la fiesta con que celebraron la Beatificación de su Santa Madre los Carmelitas Descalzos de aquella ciudad.

Era este insigne Prelado hijo de los marqueses de Velada y algo pariente de Santa Teresa, a la cual había conocido desde niño y tratado muy familiarmente en varias ocasiones. Hallándose en Alba de Tormes el verano de 1581, recién ordenado de sacerdote, quiso la Santa que fuese su confesor, y con él se confesó y trató las cosas de su alma el tiempo que allí estuvo.

*“¡Oh, válame Dios! —dice—. ¡Cuán admirable es el Señor en sus Santos! Y así, reconociendo esta Santa las mercedes tan grandes y particulares que de Dios recibía, determinó de suplicar a su Divina Majestad que se las confirmase, dándole fuer-*

zas para reformar su Religión del Carmen. Y aunque esto había hecho San Alberto, de su misma Orden, la reformación de nuestra Santa fué con mucho más rigor de penitencia y oración y apartamiento del mundo, en que tuvo grandes contradicciones de todas maneras de mofas, burlas y murmuraciones en aquella ciudad de Avila, que fué la primera adonde se comenzó la reformación, y después en algunos lugares en que hizo otras fundaciones, adonde fué también muy trabajada y aun perseguida. Mas con la palabra que Dios le había dado al principio comenzó esta obra de reformación animosamente el año 1562, en el mes de agosto, día de San Bartolomé, en el primer convento de la reformación, que fundó en Avila y se llama *San Joseph*. Dijo la primera Misa y puso el Santísimo Sacramento el señor obispo de Avila, don Alvaro de Mendoza, y yo, que era muchacho entonces, le ayudé a la Misa. Y con miedo de predicarme a mí, diré lo que sigue: Que también acompañé a esta Santa en la fundación del monasterio de Alba, el año de 1571, y a 25 de enero, día de la Conversión de San Pablo, se puso en aquel convento el Santísimo Sacramento y se dijo la primera Misa, en que me hallé acompañando también a mi señora la Duquesa de Alba y a su hermana la Marquesa de Velada, que era una santa señora y muy amiga de Santa Teresa de Jesús. Poco después pasó a Salamanca con deseo de trasladar su convento a otra parte. Acompañéla hasta allí, volviendo con gran sentimiento de apartarme de tal compañía. Mas después me vinieron con ella todos los bienes juntos: que la Santa Madre vino a Alba el año de 1581, que era yo ya sacerdote y quiso que yo fuese su confesor y reconciliarse conmigo y que le diese yo el Santísimo Sacramento todos los días que allí estuvo, que fueron parte de un verano, adonde comunicaba conmigo, tan particularmente, como si yo fuera uno de aquellos santos Padres que al principio la confesaron.

“De aquí pasó adelante con sus fundaciones, y por la residencia que yo tenía en la santa Iglesia de Coria no pude acompañarla; mas quiso consolarme, escribiéndome y respondiendo a mis cartas. De las suyas me tomaron algunas, teniéndolas por reliquias, y destas guardé dos, en que se ve parte de lo que voy diciendo y su prudencia y santidad.”

Lee ambas cartas, fechadas la primera en Avila el 10 de octubre de 1580 y la segunda en Palencia el 12 de agosto de 1582, y añade: "Con estos favores que esta Santa me hizo, ¿qué puedo yo decir después de sus palabras, sino las que dijo San Jerónimo escribiendo de Santa Bresila a su madre, Santa Paula: que si en las honras de Santa Bresila era forzoso decir sus alabanzas y sus virtudes interiores, alábase San Jerónimo que él solo las conocía? Pues en esta fiesta que hoy celebramos de la Beatificación de nuestra Santa Madre y sus virtudes interiores, yo solo puedo decirlas, porque no hay ninguno vivo de sus confesores si no yo, ni quien más la hubiese comunicado. Ventura es esta grande, por cierto; mas sabe el Señor levantar a los pobres del polvo de la tierra."

FÉLIX G. OLMEDO, S. J.

*(Continuará.)*